

LA OTRA ORILLA

El viento estriaba la oscura superficie de las horas bajas. Todo era gris y miserable, como el batir de alas de una gaviota vieja. A cinco metros de la orilla, las casas comenzaban a encenderse tras los juncales y cientos de ojos, como ventanas amarillas, ondeaban hacia la playa.

Un pescador vio la barcaza encallar a lo lejos. Una multitud de sombras se amontonaban en la arena y sollozaban abrazando sus cuerpos entumecidos. Samir resbaló en el suelo de la embarcación y cayó a los pies de su compañero. Las olas le mojaban los tobillos y las pústulas le ardían. Recordó a su amigo perdido en el mar y pensó que no volverían a compartir pulgas.

Las luces, las mantas brillantes y las voces tardaron en llegar y entre varios brazos le enderezaron el cuerpo: « Signore, é cosciente? ». La camilla era incómoda, una especie de hamaca rectangular y húmeda. Las cabezas flotaban sobre él como si fueran a operarle. « Agua, es lo único que necesito. » pensó.

La boca le sabía a sal e intentó quitarse el gusto frotándose la lengua con las manos, pero hasta los dedos encallecidos eran salados. El mar se le había pegado al cuerpo. En la oscuridad del cubículo seguía escuchando las sirenas indiferentes de los barcos y el chapoteo sordo de las olas contra la madera azul. En aquella camilla seguía flotando junto a los demás, sólo que en botes distintos.

A la mañana siguiente se despegó de la tela tensada sobre la que había dormido y sintió un crujido en el costado. La noche había sido un vaivén mojado.

La hora de desayunar había pasado y le dio dos bocados al pan del día anterior. Apretó los bolsillos para sentir la seguridad de unos pliegues macizos que desdobló para comprobar si podía leer aún los dígitos que la humedad parecía haber ahuyentado. El teléfono de una amiga de su hermana que vivía en Roma se distinguía con claridad, pero el nombre estaba borroso. Necesitaba llegar a la estación de tren para poder salir de Sicilia y viajar a Roma.

Las indicaciones de los transeúntes le llevaron por paisajes que no aparecen en las postales; largos caminos ocre que separaban las autopistas de las casas desconchadas de los pescadores. Caminaba sobre la cuerda que separaba lo estático de las cosas veloces que le zumbaban en el oído como las moscas en verano.

Muchos de sus compañeros de viaje habían ido a buscar asilo en el campo de refugiados de Mineo. Allí el tedio es cilíndrico y se prende por un extremo. El tabaco es el pasatiempo y el recurso que consume los días de los que no tienen nada en los bolsillos.

La estación de Catania estaba custodiada por decenas de chavales eritreos que no habían conseguido el dinero necesario para el tren. Al sol, se aglomeraban en el césped como semillas mal plantadas.

El viaje le había vaciado los bolsillos y avanzaba más ligero hacia el andén 2. Salida en diez minutos. Se encaminó a la parte trasera del tren y se sentó donde el sol no le alcanzara. Examinaba con sus grandes ojos amarillos a los viajeros que suspiraban con la mirada, posándola en alguna ventanilla. Cinco minutos. La misma mirada de los que se

quedaron en Siria, solo que no había ventanillas por las que mirar. Una familia se sienta en la hilera de filas contraria. Tres minutos. Lluve. Un minuto. El traqueteo y la huída.

Los árboles se metamorfosearon en juncales y éstos en la abismal pantalla azul repleta de pesqueros blancos. Encendieron los fluorescentes del vagón y los viajeros palidecieron aún más. Sus rostros pétreos parecían bustos romanos de cuencas ciegas e indolentes. El tren lo mecía a lo largo del desfiladero como una gran cuna de metal. La mano, que retenía el pequeño papel arrugado, se rindió a las vibraciones del vagón. Las piernas, que sujetaban la mochila, ahora distendidas dejaron caer el bulto al suelo y, con los ojos cada vez más exhaustos e intermitentes, se abandonó en el asiento.

La embarcación había volcado y sobresalía inmensa, como un gran vientre azul. Estaba rodeada por una espuma blanca de cabezas oscuras que gritaban y alzaban los brazos: ¡Ayuda!. Samir estaba en lo alto de la quilla con las extremidades aferradas a los bolsillos. No podía moverse. La espuma fue desapareciendo y las cabezas enmudecieron. El mar seguía jugando con la barcaza haciéndola oscilar con golpes sordos que casi lo arrojaron al agua. De repente, la luz del sol se volvió más cruel y sintió un temblor en las piernas que le resquebrajó las rodillas. Súbitamente, como un aullido, surgieron de las articulaciones cientos de raíces blancas que se deslizaron por las oquedades del barco. En ese momento, el mar estaba en calma y unos cuerpos flotaban enfundados en dos chalecos salvavidas. Los rostros de su mujer y su hijo, entre cascotes y polvo sobresalían del plástico amarillo como las celdas de una colmena. Después de lo que había parecido una eternidad, seguía el chapoteo de las olas y los lejanos pesqueros blancos. Entonces, se produjo un nuevo temblor, más intenso e inabarcable que el anterior. A lo lejos, un cilindro metálico se aproximaba formando olas lo suficientemente grandes como para ahogar a los botes

circundantes. Su mujer y su hijo seguían delante balanceados con fuerza. Ya no alcanzaba a ver sus caras. Cinco segundos. El chapoteo álgido. Dos segundos. El amarillo había desaparecido. Un segundo. La bocina del tren.

Se incorporó en el asiento y con la manga de la camiseta se secó el sudor de la frente. Algunos pasajeros bajaban del tren en la estación de Lamezia Terme. Se masajeó las rodillas entumecidas y, mientras comprobaba los bolsillos, reparó en la camiseta de un niño rubio de la fila contigua. Un barco azul, un recuerdo de Sicilia.

Las horas pasaron como un fantasma y después de tres cabezadas estaba con un pie en Roma. La estación parecía un gran hormiguero de techos altos que expulsaba a la multitud por tres salidas señalizadas con flechas. Samir comenzó a buscar una cabina telefónica para dar uso al papel que ya había empezado a deshacerse. El teléfono estaba ocupado, un señor corpulento y nervioso vociferaba cubierto de sudor. Después de que se le acabara el tiempo colgó el auricular con violencia y se alejó de la cabina repasando la indumentaria de Samir.

Introdujo tres monedas en la rendija, marcó los números y rezó al dios metálico de las telecomunicaciones para que le concediese una respuesta. Mientras sonaban los pitidos intermitentes de la espera intentó recordar el nombre de la chica. Después del séptimo descolgaron el teléfono.

«Pronto? », respondió una voz apagada. Se llamaba Fátima y vivía en Ostiense. Le dio su dirección y, mientras agradecía el favor, la cabina decidió finalizar la charla. No le quedaban más monedas. Siguió las flechas del suelo y salió del hormiguero.

La ciudad era el recipiente de su esperanza, una enorme vasija cálida y vibrante. Las calles parecían senderos empedrados donde sentía la vida zumbarle en los oídos. Perteneecía, ahora, a las cosas veloces, o al menos ese era su propósito. Las fachadas anaranjadas absorbían el sol como rostros agrietados, embellecidos y dignificados por su propia vejez. La gente se amontonaba en los miradores del foro con sus cámaras y sus muecas. Las voces, que resbalaban por la arquitectura, parecían un muestrario de todos los idiomas del mundo.

Samir se detuvo frente a las ruinas. Sus sandalias habían recogido una polvareda blanca que había hecho palidecer sus pies hasta los tobillos. Contempló los templos devastados por el polvorín de los años, una bomba lenta que hace encoger los muros y destiñe las fachadas. Lo mismo ocurrió con su templo en Siria, pero fue un proyectil más veloz y rotundo el que colisionó, dejando su hogar y su familia sepultados bajo una nube de polvo blanco.

Era hora de ir al punto de encuentro. Las cinco y todavía tenía que atravesar la ciudad hasta llegar a Ostiense. Siguió las indicaciones que le daban los transeúntes que no podían evitar mirar sus pies blancos. Empezó a percibir cómo las fachadas se iban oscureciendo y reduciéndose a una escala de grises. Los tonos ocres que recordaba sólo los proyectaban las farolas.

Las siete y había llegado al portal. El edificio estaba dentro de la gama de tonos más oscura hasta ese momento. No había ningún telefonillo pero la puerta estaba entreabierta. El olor era sofocante, parecido al de las casas que han permanecido cerradas mucho tiempo. El interior del edificio solo estaba iluminado por el filamento de una bombilla que colgaba

desnuda del techo. Las escaleras estaban más en pendiente de lo habitual y tuvo que dar zancadas hasta el tercer piso. El olor se intensificó ofreciendo matices más humanos. La puerta del piso estaba entreabierta. Un murmullo se oía al otro lado, como si cientos de voces se hubieran reunido en un cubículo. Al empujar la puerta, ésta tropezó con las piernas de alguien que emitió un gruñido. Intentó pasar por el resquicio que había conseguido abrir. Los susurros procedían de unas siluetas que se apilaban en ambas orillas del pasillo. No había lámparas, por eso mantenían abierta una pequeña ventana rectangular por donde entraba la luz de la calle. La estancia principal estaba empapelada con ojos amarillos que susurraban en otros idiomas o en frecuencias demasiado bajas como para distinguir las palabras. Samir se acurrucó en la esquina junto a la ventana, dejó la mochila a un lado y la utilizó de almohada. En ese momento echó de menos la tela húmeda del barracón y las voces más amables.

Cerró los ojos y comenzó el vaivén, el olor y el sabor a salitre. El sonido del chapoteo se hizo más fuerte hasta alcanzar el volumen del murmullo. Las olas lo mecían, de nuevo, en aquel cubículo: seguía flotando junto a los demás en barcas idénticas.

VALENTINA